

Una demostración contundente de virtuosismo actoral y sensibilidad poco comunes brinda la actriz Claudia di Girólamo en la Sala Cuatro, con su entrega del monólogo de Roberto Baeza: "El vicio absurdo". La célebre y singular escritora inglesa Virginia Woolf (1882-1941) es mostrada en el trance previo al suicidio, cuando evoca su existencia, afloran las causas de su determinación y, a la vez, su irrepentible personalidad. Roberto Baeza construye esta pieza teatral a partir de la novela "Las olas"; su último libro, "Entreactos", más su diario de vida y los apuntes que Leonard, su esposo, escribió sobre su muerte.

LOGROS Y PELIGROS

Este género teatral supone, por lo general, una gran oportunidad de lucimiento y consagración para una primera figura teatral. También, implica el peligro de un exhibicionismo inoportuno. El caso de Virginia Woolf, una escritora víctima de una esquizofrenia irreversible, alterada por sus anhelos, deseos y una imposible pasión por vivir y morir, brinda aún mayores perspectivas en este sentido.

Pero en este montaje se creó un verdadero equipo cuya labor conjunta permitió transformar tales riesgos en lo



LA CRITICA DE YOLANDA MONTECINOS

"El vicio absurdo"

opuesto. El texto es inteligente, factible y directo; convierte el último trance de Virginia en una tragedia al estilo griego clásico, sin una palabra de más y con la dolorosa evidencia -avalada por el médico- de que la escritora había recuperado su lucidez en el instante de su autoeliminación.

La dirección está orientada hacia los mismos principios; se pone al servicio de este ritual junto al río, consciente de las posibilidades no siempre bien explotadas de Claudia di Girólamo y de un rigor y honestidad tales que le permiten mantener todo lejos del melodrama fácil y efectista. La música (Miguel Miranda), el espacio escénico -un verda-

dero acierto de Nury González- y el aporte de Pablo Núñez en el vestuario componen el resto. Todo converge a la entrega total de la actriz.

INTERPRETACION

Claudia di Girólamo es una figura nacional más conocida por su dilatada trayectoria en televisión, que en la escena. No todo el público que asiste a la Sala Cuatro conoce o ha leído la obra de Virginia Woolf; no obstante, a medida que avanza el monólogo, sin ningún artificio ni apoyo extra, el numeroso público mantuvo el más respetuoso e interesado silencio en lo que fue una sostenida comunión con Virginia-Claudia y su ritual de muerte.

Su trabajo actoral fue interno e integral. Supuso la identificación con el personaje, desde el lenguaje gestual al oral, llegando a conferir magia y contenidos inesperados a las palabras y a su comportamiento. Supo dar vida al alma de su personaje y fascinar con el fluir de sus reflexiones sobre sí misma, yendo de un punto a otro, y con esto crea un ritmo y una dinámica que sólo una actriz notable como ella logra conseguir. No es este un teatro masivo ni digestivo; es una hermosa e irrepentible experiencia.